

La Estrella

Cuando Alberto iba a pasar unos días con el abuelo, dormía en una habitación con una ventana en el techo: una buhardilla.

Las noches sin nubes veía las estrellas.

Había una estrella que no era la mayor ni la de mas brillo, ni la mas bonita; era una estrella de tamaño mediano y de color gris plateado brillante con puntitos de luz azules.

Al principio, Alberto y la estrella no intercambiaban palabras. Se limitaban a mirarse.

Alberto no calculaba el tiempo que la miraba; si un abrir y cerrar de ojos o la noche entera; el caso es que no se cansaba de mirar al cielo.

¡Cuánto sabia el abuelo! Había echo una habitación así, solo para mirar el cielo; para mirar al cielo de día y de noche.

Desde que el abuelo se jubiló, vivía en un pueblo cercano a la ciudad. Decía que en las ciudades hay mucha contaminación, y que casi todos los hombres y mujeres caminaban mirando al cielo.

La noche del lunes le oír que la estrella decía:

-Buenas noches Alberto.

Y el, por si acaso era verdad que la estrella le hablaba, contestó:

-Buenas noches, estrella.

Alberto no dijo nada a nadie, ni siquiera a su abuelo. Tal vez su abuelo oía a las estrellas y no decía nada. Decidió guardar el secreto.

La noche del martes, Alberto y la estrella volvieron a saludarse; pero la estrella añadió:

-¿Qué te ha pasado hoy con tu prima?

Y Alberto empezó a contarle que vino su prima con sus padres a pasar el día con el abuelo, y que en la comida les había dicho el abuelo: "al que se como todo sin levantarse de la masa hasta que termine le daré un premio".

Y mira por donde su prima se levanto a decirle un recado a la oreja a la señora Vicenta.

El premio fue una bolsita de papel de celofán llena de gominotas de todos los colores.

-Cuando fuimos a jugar al jardín, mi prima me pidió gominotas, y yo le dije que no le daba. Entonces me contestó que cuando a ella le dieran algo... y me ablande y le dije "toma, que te doy" "Ahora no quiero".

Y estuvimos toda la tarde uno por cada lado.

Como tenía muchas ganas de hacer las paces, subí al cuarto de estar, y le metí en el bolsito que ella lleve a todas partes las gominotas que me quedaban.

Al atardecer cuando se fueron, como no había abierto el bolso, me quede sin saber si se le abría pasado el enfado.

-Yo creo que sí.-dijo la estrella-,porque tu prima tiene un buen corazón, y cuando vea las gominotas en su bolso, sonreirá y le preguntara a su madre que cuando vuelven a casa del abuelo.

Alberto quedo convencido con la explicación de la estrella; pero se le asalto una duda:

-Estrella ¿Cómo sabes que mi prima se ha i do enfadada?

-Pues muy fácil; porque cuando os habéis despedido, no os habéis dado un beso.

Y Alberto se durmió pensando que las estrellas son muy observadoras. Y la estrella le miro toda la noche.

Pasaron los días y Alberto y la estrella no se volvieron a hablar hasta el viernes.

A las seis vinieron los amigos de Alberto a jugar, y se lo pasaron en grande haciendo pistas para coches. Con unas espátulas y las manos hicieron una rampa, por lo menos de 3 metros de pistas, y luego se dedicaron a hacer competiciones.

Cuando se fueron, Alberto se comió un bocadillo de tortilla, bebió un baso de leche y subió a su habitación. Esta noche tenia ganas de contarle a la estrella lo bien que se lo había pasado.

Se tumbó en la cama; leyó un rato, hasta que se hizo muy de noche y apareció la estrella.

-Hola, estrella.

-Esta noche te veo muy contento.

-Si, he pasado un día maravilloso.

Y Alberto le contó lo bien que se las arreglaba con su abuelo, y el rato que estuvo jugando con sus amigos.

-Me alegro mucho-dijo la estrella-Cuando me cuentas las cosas es como si las viviese yo.

-Ha dicho mi abuelo que mañana quizá llueva, porque le duelen mucho las articulaciones.

-Es posible- le contesto la estrella-, porque desde aquí veo muchas nubes que las acerca el viento.

-Estrella.

-¿Qué?

-Que me duermo.

-Duerme bien, Alberto.

Y Alberto se durmió con la sensación de seguridad que da saber que muchas personas te quieren.

Efectivamente, tenían razón los dolores del abuelo; el sábado amaneció lloviendo. El abuelo y Alberto desayunaron juntos y se sentaron en la mesa de camilla con un libro cada uno.

-Pues ya lo sabes; siempre que quieras y te traigan tus padres, puedes venir.

-Gracias, abuelo.

Alberto subió a su habitación pensando que el abuelo no le importaba vivir solo.

-¡Que tapado estas hoy!-dijo la estrella-como ha llovido esta mañana, ha refrescado el tiempo.

Estrella, ¿sabes que me voy mañana, domingo?

-¡Que pena!

Nos vamos a ver menos.

Ahora que somos amigos, cuando este en la ciudad, y me asomare todas las noches a la ventana para hablar contigo y para verte. Si alguna noche las nubes o la contaminación impide que nos veamos, yo sabré que estas allí, y tu sabrás que quiero verte y oírte.

La estrella guardó silencio: pero Alberto notó en ella un brillo muy especial.

**Enrique Martínez Quintero.14 años.
Huelva.**